

853

P.

PQ 4835

.I 7

C381

Propiedad.
Derechos reservados para todos los países de lengua española.



Imprenta Hijo de F. Vives Mora, Hernán Cortés, 8. - VALENCIA

De cómo Cirinció olvidóse por un momento, que era él

Entró callado, calladito, renqueando, con los ojos sombríos bajo la gruta de la frente arrugada. Entonces, en la sala—ya casi llena por la reunión del comité electoral, convocado en casa del candidato Laleva—volviéronse a mirarlo todos, casi no dando crédito a sus propios ojos.

¿Don Ciccino (*) Cirinció?... ¿Era posible? ¿Quién le habría invitado?

Desde hacía muchos años no intervenía en nada, absorto y abismado en sus desdichas, a cuál más grave; la muerte de su mujer y la de sus hijos; la pérdida de la mina de azufre, con el sin fin de pleitos ruinosos que le habían seguido; y la miseria, que tal vez debió exhibir en público, con una dignidad menos lúgubre.

Algún amigo—de haber tenido siquiera uno—

(*) Los diminutivos de nombres propios se dejan como están en el original para conservar el carácter regional que preside el libro.—N. del T.

hubiera debido aconsejárselo, porque, tal y como la llevaba, resaltaba de un modo espantable aquel evidente sello de irrisión, con que la suerte, irónica, habíase recreado en marcar sus desventuras.

En efecto, su mujer, que dejó transcurrir veintiocho años sin darle hijos, había muerto, según parece, por haber dado a luz, muy cerca de la cincuentena, no se sabía a punto fijo el qué: unos decían, burlándose, que un perrito; otros, que una mona.

Y, añadían, que había perdido la mina por una coma, puesta insidiosamente en el contrato de arrendamiento. Y que cojeaba de aquella manera por una famosa aventura de caza, en la cual, en lugar del pájaro, había volado él, en unión del perro y de la escopeta, embestido, nadie sabe cómo, por las aspas de un molino de viento, abandonado en un collado de las tierras lejanas de Montelusa. Por cuya razón, desde entonces, se le conocía por don Ciccino Cirinció, «el del molino».

Puede que esta aventura (por lo menos tal y como se refería en el pueblo) no fuese cierta. El caso es que don Ciccino Cirinció, al oírse llamar «el del molino», se salía de sus casillas y decía que aquél era un pueblo de embusteros e imbéciles.

* * *

Ahora estos embusteros e imbéciles se maravillaban de su intervención en la reunión electoral.

¿Por qué se maravillaban?

¿Era tan difícil pensar que él debía—ante todo—eterna gratitud al abogado don Francisco Laleva, padre del actual candidato, el único, entre todos los abogados del foro, que le había defendido y ayudado con ocasión de sus pleitos por las minas de azufre?

Aquellos pleitos, en realidad, los había perdido; la ayuda, por tanto, había sido vana; mas ¿qué? El deber de la gratitud ¿no era para él igualmente sagrado? Y, además,—gratitud aparte—¿era tan difícil creerlo capaz de un sentimiento, que debía ser en aquellos instantes común a todos los caballeros, desgraciados o no desgraciados? ¡Caramba, el sentimiento de la dignidad de su propio país! ¿Era o no era ciudadano también él? Bien estaba que las desdichas fueran a cuenta suya, mas, como ciudadano, ¿no podía también indignarse con las desvergüenzas que, impunemente, cometía, desde hacía veinte años, el diputado saliente?

No hablaba; no había hablado nunca, porque las palabras se las lleva el viento. Pero ahora que había llegado el instante de obrar, sí, señores; allí lo tenían; se presentaba él mismo, sin que lo invitaran, para ponerse a la disposición del hijo de su antiguo y único protector.

Los congregados permanecieron un buen rato observándolo, escuchándolo, como atontados; luego se alejaron, mirándose unos a otros, a los

ojos, con aire consternado; alguno de ellos llevóse un dedo a la frente e hizo un gesto, como diciendo: —«Se le ha trastornado el cerebro, ¡pobrecillo!» Porque a todos les constaba que no era cierto, que no debía toda aquella gratitud al padre de Laleva. Sólo una vez, eso sí, Cirinció había consultado con don Francisco Laleva sobre el asunto de la mina; y entonces, no sólo no le había ayudado—ni menos aún defendido—sino que le había disuadido de meterse en pleitos.

A fuerza de razonar consigo mismo sus desdichas, quién sabe ¡pobre Cirinció! la interpretación que habría llegado a dar a los hombres, a las cosas, a todos los acontecimientos de su vida; y, qué papeles—en tal lejanos acontecimientos—atribuiría a presuntos amigos y a presuntos enemigos.

Tal vez fruto de esta dolorosa deformación de la realidad, tal y como todos la veían y la conocían; fruto de este retorcimiento de las cosas, en su cerebro atormentado, era también esta imprevista entrada suya en el escenario de las luchas políticas. Quién sabe qué estrambóticas razones le habían inducido a presentarse allí, sin previa invitación, y qué representaría para él, en los misteriosos desvaríos, en las previsiones secretas de su espíritu conturbado, esta participación suya en la lucha a favor del hijo de don Francisco Laleva; qué enormes beneficios se prometería; qué tremendos peligros y responsabilidades imaginaba

afrontar... ¡Desde luego! Aquellos ojos que relampagueaban bajo la frente contraída; aquellos puños cerrados sobre las rodillas... ¡Pobre don Ciccino!...

* * *

Cirinció, en cambio, adoptaba aquella actitud, porque no acababa de explicarse los motivos de todo aquel asombro por su llegada.

Al verse observado, espiado desde lejos, con aquel aire de consternación, afligido y perplejo, comenzó a sospechar que no le quisieran admitir. ¿Es que, tal vez, no debería intervenir? ¿Habría interpretado mal, acaso, la invitación del Comité electoral?

Al fin, no pudiendo ya más, levantóse colérico, y, renqueando, se aproximó a preguntar a Laleva:

—Usted perdone; pero ¿es que debo marcharme? ¿Es que he hecho mal en venir?

—¡Ah, no! ¿Cómo?... ¿Por qué? ¿Qué dice usted, mi querido don Ciccino?—se apresuró a responderle Laleva.—Nos hallamos todos contentísimos—y yo particularmente—de su presencia. ¡Imagínese usted!... Siéntese, siéntese... ¡Un honor para mí; un verdadero gusto!...

¿Y entonces?—preguntóse a sí mismo Cirinció volviendo a sentarse.—¿Por qué me miran todos así?

¿Porque le creían obsesionado con sus desdi-

chas? Al revés; ellos eran los obsesionados, en cambio, al no admitir que pudiera abstraerse a sus penas para participar, con los demás, en la vida pública, en las contiendas políticas de su país...

—¡Imbéciles! ¡Roña!

¡Ah! ¿Era eso, entonces, lo que creían? ¿Creían que un hombre, a quien le hubiesen ocurrido todas las desdichas que le habían ocurrido a él, no podía, no debía tener ya cabeza para pensar en ciertas cosas?... Como si dijésemos, que se hallaban más compenetrados que él mismo con sus desgracias, y que, aún riéndose de ellas, las consideraban más graves aún que él.

Y al verlo allí, entre ellos, como uno de tantos, ocupándose de las elecciones, lo estimaban, quizás, como un inconsciente ¿eh?... por lo menos; o, decididamente chiflado... ¡Sí, estaba bien claro! ¡Todos le miraban como se mira a un pobre loco!...

¿Habría cometido una ligereza al ir? ¿Su decisión de tomar parte en la lucha sería, en realidad, fruto de una imprevista enajenación mental?...

Cirinció miró fijamente, con crueles ojos, a esta incertidumbre surgida ante él de improviso, que le ponía en dudas sobre su razón, sobre la entidad real de sus desdichas, de la verdad de sus condiciones.

¿Habría algo en él que los demás veían y él no? Porque, en aquel momento, podría realmente afirmar que no entendía la razón de todo aquel

asombro de los demás ante su participación en la lucha; le parecía, en verdad, que como los otros, podía ocuparse de las elecciones, y que no había, en todo ello, nada de extraordinario.

Comprendía ¿sí o no? Sí que comprendía, ¡caramba!, comprendía muy bien todas las discusiones que se estaban haciendo entonces a su alrededor, sobre las mayores o menores probabilidades de triunfo, sobre la actitud de los varios partidos locales en este o en aquel pueblo del distrito, sobre el cómputo de votos favorables o contrarios. No era eso solo, sino que le parecía ver más claro que muchos la táctica que habría de emplearse con algún electorero, todavía neutral, en la contienda. De tal manera que, en un instante dado, olvidando la duda que lo había tenido hasta entonces agraviado, receloso y circunspecto, no pudo contenerse; se incorporó, tomó la palabra y brevemente, con la máxima claridad y sencillez, expresó su opinión, lo que él creía que debería hacerse.

Quedáronse todos mirándolo, con la boca abierta, más desconcertados que nunca. Era evidente que nadie llegaba a explicarse la posibilidad de que él, don Ciccino Cirinció, pudiese tener un concepto tan claro y tan justo.

¿Era posible? Y no obstante, sí; era precisamente aquel recurso el que había que intentar: había que hacer precisamente lo que él decía.

Tres, cuatro veces, durante la larga, animadí-

sima discusión, se renovó el general desconcierto, ante la recta providencia, el acierto de los consejos, la sutileza de los recursos insinuados. ¡Parecía mentira! Señores míos, don Ciccino Cirinció... Pero ¡si hablaba muy bien! ¿Quién lo hubiese creído? Un orador... ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Viva Cirinció!

Quedó aún más desconcertado que los otros, al final; porque, de una parte, no creía en realidad, haber dicho cosas tan extraordinarias para suscitar tal estupor, tan fervorosa admiración, tanto aplauso; y, de otra, medio ébrio por aquellos mismos aplausos, hallóse designado por todos para un difícilísimo puesto de combate en Borgeto, pueblo del distrito que se consideraba como la ciudadela inexpugnable del partido contrario.

Trató de retroceder, con el pretexto de que no conocía a nadie, de que no había estado nunca allí; dijo también que no eran empresas para él; que había hecho una exposición así, en abstracto, de su manera de ver; pero que, al llevarlo a la práctica, se perdería.

No quisieron ni siquiera escucharle, obligándole a aceptar el puesto de combate; y, así, a la mañana siguiente, don Ciccino Cirinció, provisto de medios pecuniarios y de algunas cartas de presentación, partió para Borgeto.

* * *

¡Y, milagros, milagros llegó a hacer en opinión de todos! ¡Verdaderos milagros! En los quince días que precedieron a la elección, cambió totalmente la posición de Laleva en aquel pueblo.

¿Cómo? ¡Nadie lo supo nunca!

¿Fue la necesidad de alcanzar y tocar una realidad cualquiera en aquel extraño vacío, a que aquella inesperada y rara aventura le arrastraba? ¿Fue la necesidad de ver, viva y activa, su propia realidad, puesta en duda por él mismo, antes de partir, entre el asombro de los congregados, allá, en casa del candidato o aquí, ahora, en el vacío, airoso y leve, en el que tantos aspectos nuevos se le aparecían como en un ensueño? ¿O fue el irrumpir de tantas energías, latentes e ignoradas, durante años y años oprimidas en él, ahogadas, por la pesadilla de las desventuras, intactas energías juveniles que lo hubiesen llevado quién sabe dónde, quién sabe a qué empresas, a qué triunfos, si su vida no se hubiese desenvuelto y encerrado, en el luto de aquellas desgracias?

El caso es que obró verdaderos milagros allí, en aquella ciudadela del partido contrario, considerada como inexpugnable, donde nadie le conocía, y ¡quién sabe, si, porque nadie le conocía!

Cierto es que el hecho de ser absolutamente desconocido contribuyó muchísimo a que Cirinció se olvidase, por entero, de sí mismo.

Ningunos ojos familiares, con una opaca mirada de irrisoria conmiseración, se le opusieron, ni por un sólo instante, al ardor con que, desde los primeros momentos, se lanzó a aquella empresa; ni le hicieron volver en sí, mientras se daba por entero, presa de aquellas insospechadas energías desencadenadas súbitamente en él, que le arrastraban, ora haciéndole afrontar, impertérrito, a los adversarios y forzándolos a discutir, a reconocer primero las faltas y la ignorancia, luego la vergüenza de su anterior diputado; ora animando a los titubeantes; aquí, a desvanecer una insidia; allí, a presidir un comicio, desafiando al contrincante, aunque fuese el propio diputado saliente o, a quien por él se le opusiera, y al pueblo entero en masa.

Cosas que jamás hubiera supuesto, no ya poder decir, sino ni siquiera poder remotamente pensar, se le venían a los labios, espontáneas, con una abundancia y facilidad de palabra, una eficacia de expresiones, que a él mismo le pasaban, como si una nueva vena de vida, hubiese brotado en su sér, comenzando a fluir, urgente e impetuosa. Todo lo cogía al vuelo, todo lo comprendía al más insignificante gesto, como un rayo; y cada cosa, una vez adquirida, aun apareciéndole nueva y reciente, se le hacía conocida y propia; adueñábase de ella con aquellas fuerzas vírgenes, que no habían podido jamás expansionarse en él y que, ahora, le hacían ágil y confiado en la victoria, como un muchacho.

Una especie de frenesí hervía en todos cuantos le rodeaban, cada vez en mayor número; mas ninguno podía ya secundarle en aquella tumultuosa agitación que no le daba ni un instante de tregua.

Cirinció no recordaba ya ni su cojera... ¿Cómo?... Sí, sí; la pierna derecha un poco... ¡Pero ya no le dolía! ¡Adelante! ¿Los años? Sesenta y dos, sí... Pero ¿qué era eso? ¡Adelante! Era como si comenzase ahora a vivir... ¡Adelante! Allí, por el momento, había que acudir, primero, a amenazar a aquel teniente de alcalde con la denuncia por las cien cédulas retenidas a los socios del círculo obrero; después, a comprobar la tentativa de corrupción del señor alcalde; la compra de cincuenta votos, a diez liras cada uno. ¿Cómo comprobarlo? Los testigos ¡caramba! El se encargaría de que confesasen aquellos aldeanos en presencia de un notario, él, él... ¡Adelante!

Llegó así al día del triunfo que parecía otro, absolutamente otro, vuelto a crear en aquella aurea de popularidad, entre gente nueva, en un pueblo nuevo, tomado al asalto, vuelto de arriba a abajo y conquistado, en pocos días, como por prodigio. Y por la noche, radiante —tras la proclamación triunfal— se presentó en la amplia sala del Círculo cívico, donde se hallaba dispuesta una larguísima y espléndida mesa, en su honor: radiante, aun cuando aparecían ya, evidentes, algu-

nas señales de cansancio en la vieja careta olvidada...

* * *

Pero es el caso que iba recorriendo el salón, en espera de que se señalaran los puestos en la mesa, un hombrecillo, escuálido y contrahecho. Un cráneo de marfil relucía bajo las luces y circulaba por la sala... Aun cuando, como tratando de ocultarse, tuviese la cabeza hundida entre los hombros huesudos, circulaba metiendo en todos los grupos la punta de su barbita aguda, amarillenta y descolorida, clavando en el rostro de éste, o de aquél, los ojillos brillantes, agudos como alfileres, que resaltaban, malignos, en la lividez del semblante.

Deteníase para repetir una pregunta con insistencia y era evidente que no recibía una sola respuesta satisfactoria; negaba con un dedo, se encogía de hombros como si exclamase: —«¡No, no! Si es imposible»— y alargaba el rostro, avanzando el labio inferior, como el que no acaba de persuadirse. Y se alejaba, volviéndose para mirar, de pasada y al soslayo, a Cirinció, con aquellos ojillos penetrantes.

Cirinció dióse cuenta de ello en seguida. Y hasta entre el fervor entusiasta de la acogida, desde el principio se sintió herido por aquellos ojos. Trató de esquivarlos, sumiéndose en la con-

fusión de la fiesta; mas por aquí y por allá, de cerca y de lejos, donde menos lo esperaba, sorprendía, de cuando en cuando, que le perseguían. Y, de improviso, se iba quedando helado, desconcertado, sintiéndose dominar todo él por un sentimiento obscuro que, rabiosamente impetuoso, le iba invadiendo con un tenebroso vértigo el cerebro. Se rehacía; mas advertía, íntimamente, que no le era ya posible afirmarse, que todo en su interior vacilaba, no sólo por la persecución de aquellos ojillos—de los que a fin de cuentas, nada tenía que temer,—sino porque... porque no lo sabía él mismo a punto fijo.

No era temor, no era vergüenza; mas sentíase como arrastrado por dentro a esconderse, a desaparecer de aquella fiesta, que le parecía ya fantasmagórica...

Demasiado ruido ¡ay, Dios!... Demasiado ruido...

Y dando una vuelta por el salón, como aturrido, con las manos hacía señas para que se quietasen.

Pero cuanto más insistía él en esta actitud, más se extraviaban los ojillos que le perseguían, acusando hasta el espasmo, una curiosidad dememente, una curiosidad ahogada ya en un estupor de loco.

Y, entonces, Cirinció fué presa de una violenta exasperación, que produjo el extraño efecto de que apareciese como cambiado de improviso.

Se repuso un instante, cuando todos le rodearon llevándose en triunfo para sentarlo a la cabecera de la mesa; mas una vez pasado el atropello de la busca de puestos, en cuanto todos se hallaron acomodados, Cirinció, dirigiendo a su alrededor una mirada, volvió a turbarse más que antes, y en su turbación permaneció como petrificado al ver muy cerca, a cuatro puestos de distancia, al hombrecillo que le miraba estupefacto, alargaba el cuello—eso es—hacia él, y alzaba una mano señalándole —con el índice tendido, como una pistola junto a uno de aquellos ojos diabólicos, como para tomar la mira—y le preguntaban:

—Usted perdone; ¿no es usted don Ciccino Cirinció?

No era por el nombre la pregunta. Los demás no podrían comprenderlo; pero él, Cirinció, lo entendió muy bien. Que él era don Ciccino Cirinció, se lo debían haber dicho y repetido cien veces. Mas era eso precisamente lo que el hombrecillo no acababa de explicarse, esto es, que don Ciccino Cirinció—aquel don Ciccino Cirinció que, tiempo atrás, había conocido—fuese precisamente este mismo que ahora tenía delante... ¿Este? ¿Era posible?

—«¿El del molino?»

Sí, sí, el del molino... ¡Tenía razón!... ¡Parecía imposible!—Cirinció, ahora, de repente, lo reconocía también.

¡Parecía imposible! No le parecía menos imposible a él mismo, que «el del molino»—él, precisamente él—pudiera hallarse allí, en aquella fiesta y hubiese podido hacer, todo cuanto había hecho, sin saber ya el por qué...

¿Qué le importarían a él, en efecto—ahora que con los ojos de aquel hombrecillo volvía a entrar en sí mismo, con todas sus desdichas y su miseria—qué le importan a él los triunfos de Laveva, las indignidades del diputado derrotado?

Los comensales, viéndole palidecer de improviso, ensombrecerse, creyeron, al principio, que era efecto de una momentánea fatiga y trataron de reanimarlo con felicitaciones y estímulos; mas se quedaron yertos al escuchar unos estúpidos y arrastrados: «—¡Ya... ya!...» —pronunciados a manera de contestación y que revelaban ausente, lejano, a mil leguas de la fiesta, el espíritu de aquel hombre.

Y, cuando al día siguiente, Cirinció partió de Borgeto, reconcentrado, fúnebre, respondiendo de mala manera a los saludos, todos permanecieron mirándose entre sí, no sabiendo explicarse las razones de aquel cambio tan imprevisto. Y muchos insinuaron la sospecha de que tal vez fuese un embrollón, un miserable impostor, que había ido allí a engañarlos...